

## A través de México pintoresco

### FANTASÍA DE MAZATLÁN

**U**NA cierta música anuncia desde la distancia cada uno de los sitios de la tierra; pese a la larga pausa de los desiertos. Las sierras son un *largo* dolido de inmensidad y de soledad. Y por donde se agrupan los hombres se producen en seguida motivos de sinfonía. La sinfonía apagada de las ruinas y el vibrar estridente de los pueblos en marcha. Muy fino se requiere el oído para captar estas notas que suelen trasponer el sonido para tomar realidad ya sólo en el pensamiento.

Cada ciudad tiene su área de influjo; campo y ciudad se complementan; cuando el campo es triste y la tierra es pobre, la ciudad se envuelve en tonos de elegía; por ejemplo, Puebla, de cuyo seno nacen las catedrales; catedrales en medio del valle circundado de los picos y los altares de la serranía. La humedad cuaja en las formas robustas que alrededor de los canales pintaron los Rembrandt y los Rubens; pero el aire seco vuelve escueta la figura y el alma reconcentrada, y todo esto estalla en música en el viento; música inaudible que el pintor trata de dibujar finamente; música invisible que encierra el secreto de la creación.

Quien llega a Mazatlán por tierra percibe en seguida una suave alegría que nace del campo y se esparce en el aire. Las sendas van entre boscajes; enramadas de pájaros; azules urracas; variedades canoras; liebres, coyotes, venados, y más adentro, por la montaña, gatos y aun tigres; todo dentro de la noble vida vegetal; arbustos ágaves; helechos; higueras, laureles; ceibas y millares del arbolito palo blanco que se viste de flores. Cuando vuelan las urracas parece que de un pentágono silvestre se ha escapado en notas el color.

Como fruto nativo de la selva emergen de los senderos los jinetes, fuertes barbas; recio el semblante; duros el brazo y la mano; limpios los ojos y blando el corazón; parecen uno con la cabalgadura, y el polvo decora rostros y ropas; caminando entre ellos se entiende lo que es la confianza. De la charla nace la alegría; la alegría es cosa de gentes; los pájaros a veces la imitan, pero sólo la humana voz estalla en risas. Los grandes guanacastes tienen la copa como un duomo, a su sombra se abriga un pueblo; las niñas de las escuelas se alínean, haciendo

escalas irregulares con los colores claros de los trajes; las señoritas abren los ojos de grandes pestañas y fascinan, pero también se dejan conmover, en lo que superan a la serpiente, fría por estulticia. Las músicas resuenan como si rompiesen un aire hecho de finos cristales. Una pobre anticuada literatura alcanza instantes sublimes a causa de la emoción que la rebosa; se hacen ligeras las marchas sobre la tierra floja y bajo el sol encendido. Luego, ya bajo techo, en los portales y en las vastas salas de pueblo sigue la fiesta; toca la música y brotan los cantos:

Camino de San Ignacio,  
Camino de San Javier,  
No dejes amor pendiente  
Como me dejaste ayer.

Qué bonito es el Quelite,  
Bienhaya quien lo formó,  
Que por una calle tiene  
De quien acordarme yo.

.....

Mañana me voy de aquí;  
El consuelo que me queda  
Que me voy pensando en ti.

Las parejas se estrechan en la danza; se baila por la mañana; se baila por la tarde; sólo un alto al atardecer y en seguida otra vez a bailar bajo la luna. Todo el pueblo está inundado de luna y la torre de la Iglesia parece un trozo de monte que ha cobrado alma. Los muros anchos y lisos se ven perforados por la sombra de las ventanas. Los aleros proyectan oscuridades de misterio. Es lindo pueblo el Quelite, y sus muchachas son bailadoras y los mozos mal afeitados, robustos y joviales, y hay entre ambos una honesta peligrosa galantería. Amor de pueblo es amor hondo; dura lo que las viejas casas y quiere una eternidad como la de los montes. Una generación se estrecha a la otra en la prole numerosa de hijos y nietos alrededor del patriarca. Un solo golpe en el dado de la fortuna, y se gana toda una vida plácida o bien amargura irremediable. Pobre amor que dice *siempre*, como si fuese divino. ¡Qué disparate es un *siempre* en los asuntos humanos!

Los charros han venido a traer su fiesta y su albedrío al corazón mismo de la ciudad. De pronto se bajan los montes, se acaban los bosques y se ensancha la marisma; todavía más

allá, en la orilla del mar, entre colinas, se esconde el caserío. Por las calles y las plazas se mezclan los jinetes que vienen del campo y los marinos que vienen del mar. En la ciudad reinan los comerciantes que enlazan las rutas del mundo; de sus manos pródigas parece fluír la abundancia y ellos fomentan el lujo, las sedas de las mujeres y el vino que beben los hombres. Y tres alegrías juntan sus músicas: la alegría ingeniosa del campo, la alegría sonora del mar, y la alegría ostentosa del tráfico.

Los pisos de la ciudad son limpios y el aire de la ciudad es aire claro; claro y húmedo de brisas. Las casas tienen patios y adentro flores. Las casas se acercan al mar en todos sentidos, por los esteros, por los canales, por los dos puertos, el viejo y el nuevo, y el mar se abre en bahías, ensenadas, rompientes, orillas. Las colinas parecen baluartes, torreones y también jardines en medio del mar. Peñascos y palmeras; olas y espuma; risas y flores, cada día es una fiesta. Y entre los varios motivos de la universal sinfonía se debe particularizar a Mazatlán como un *allegro*.

La música que por el día se derrocha en los cielos y en el mar, por la noche se refugia en los corazones y estalla en las sa'as de orquesta. En frente de las olas altas está el Belmar gris, caserón que nadie advierte de día, pero de noche suele tornarse en Palacio de las hadas, cuando acuden a bailar las mazatlecas. Luces de oro; cristales y flores en las mesas y brazos desnudos que son como tallos descubiertos de la extraña planta femenina. Y rostros deslumbrantes que nacen de la seda. Ojos con agua de mar; cejas de sombra: noche aprisionada en carne; oscuridad hecha fulgor: comen, ríen. Tibia molicie de que nos salva como por una serie de vuelo la gracia; aguda gracia de las maneras y galanura feliz de las palabras. Las músicas a distancia ensanchan el pecho, deleitan el sentir, enferman la imaginación.

Mece el baile las parejas y pasan una tras de otra: ensayo de dicha imposible. Imposible agravado con el engaño de las sedas que avivan el tormento de pantorrillas y realidades. Tóxico supremo del ritmo; danzando se va al Infierno y danzando se va a la Gloria. Una pasó y la miró el poeta y supo que se llamaba Lorta y no pudo saber más; no quiso saber más ni era necesario saber nada después de mirarla. La alegría del baile rebosaba en más de cien parejas; llenaba los salones y se perdía en el patio semi-oscuro de luna. Habían caído en olvido el tiempo, la posición, la fortuna. Sólo se sabía de risas, de sonos y de bellas presencias; eran como los pro-

dromos del carnaval. Cuando ya está madura la fiesta, el ambiente se sacude con el aire de los Papaques: el himno de asueto que resonara incesante en los tres o cuatro días y noches que la ciudad dedica por entero a la alegría.

Pegada a la costa hay una isla: el Crestón, donde mora el vigía, por el lado del puerto nuevo. Alrededor se azotan penosamente las olas; sobre su punta luce de noche la falsa estrella de un faro potente.

Por dentro la ciudad se divierte cada noche y trabaja cada día. Hombres y mujeres jóvenes van en grupos cantando o lanzando vivas. De muertas nada sabe la ciudad de alma limpia que no quiere la muerte, sino la vida. Si la ciudad tiene tristezas las disimula ese franco saludo que a diario se cambian el rico y el pobre y el fácil tuteo que nos vuelve a hermanar en Dios. Por los barrios más pobres hay rastro de diversión, y en el mercado, por las noches, comida popular y tertulia general. Las calles suavemente irregulares se distinguen más que por el nombre por la propia fisonomía y siente el viajero que cada puerta ofrenda una sorpresa. Ni las casas ni las gentes están hechas por patrón. La Iglesia principal tiene en el frente un hermoso manto de piedra y se alza como un concierto de alegres colores en irrupción. Así estalla también múltiple el color en las plantas de los jardines públicos. Mazatlán es español y castizo: Mazatlán, orgullo de México, danos el contagio de tu orgullo y de tu libertad. Que todo México fuese como un Mazatlán grande, pensé una vez. Y lo vuelvo a pensar. —JOSÉ VASCONCELOS.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

## La emoción y la vida moderna

**H**OY la vida no se comprende sino más allá de nosotros mismos. Esta rebusca de la emoción es el incentivo de todas las acciones del alma moderna, enferma de escepticismo que ya no cree ni siente esa felicidad tranquila predicada en otros tiempos. ¡Vivir para emocionarse van gritando los sentidos! Pero como la repetición del placer anula la sensación, la imaginación va agotándose a fuerza de ser hoy la mayor productora de energías. El ser humano no sabe qué es lo que desea, y extiende se-